# 8. A la evangelización por la música en las Reducciones de Chiquitos: I. El P. Martin Schmid

Juan Pedro Pérez-Pardo
IULMYT, Universidad Complutense de Madrid
jppardo123@gmail.com
Recibido: 10/09/2016
Aceptado: 15/10/2016

Resumen

Al igual que en las misiones de franciscanos y dominicos, los jesuitas emplearon la música como forma de evangelización en las Reducciones de Chiquitos. Buen ejemplo de ello es el testimonio del misionero suizo Martin Schmid que aquí presentamos.

Palabras clave

Reducciones de Chiquitos. Jesuitas. Martin Schmid. Evangelización. Música. Arquitectura.

Abstract

Just as in the Franciscan and Dominican missions, the Jesuits used music as a form of evangelization in the Reductions of Chiquitos. A good example of this is the testament of the Swiss missionary Martin Schmid presented here.

Keywords

Reductions of Chiquitos, Jesuits, Martin Schmid, Evangelization, Music, Architecture.

## 8.1. Introducción

La Compañía de Jesús inicia su labor evangelizadora cuando el Papa Alejandro Farnesio (1468-1549), conocido como Paulo III, la reconoce como Orden en 1540 por medio de la bula pontificia *Regimini militantis Ecclesiae*. La principal tarea de la Compañía fue la educación escolar y universitaria en los colegios jesuíticos que se abrieron en Europa, en los territorios de ultramar colegios y evangelización

misionera iban de la mano. Ya en el mismo año de su fundación se envían misioneros a Asia: India, China, Japón e Islas Molucas; también a África hasta el Congo y Etiopía; en el caso de América, es su fundador, el propio Ignacio de Loyola (1491-1556) quien envía al primer grupo de misioneros jesuitas, concretamente al Brasil, a cuyas costas llega en 1549 Manoel da Nobrega (1519-1570) quien funda junto a José de Anchieta la ciudad de São Paulo. El total de jesuitas que viajan a Hispanoamérica en los siglos XVI y XVII asciende a 3.189, repartidos en seis provincias que se fundaron en el siguiente orden: Perú, Méjico, Bogotá, Quito, Paraguay y Chile.

De la provincia madre, Perú, fundada en 1568, los jesuitas avanzan hacia el sureste de la región del Plata, donde se funda en 1607 la provincia del Paraguay. Antonio Ruiz de Montoya nos lo cuenta en su obra *La conquista espiritual del Paraguay*:

> Los Padres provinciales del Pirú enviaron algunos Padres por vía de misión a la ciudad de la Asunción, que dista de la villa de Potosí, último término de la provincia del Pirú, 500 leguas, en donde hicieron casa, predicaron y ejercitaron los ministerios de la Compañía por algunos años [...] (Ruiz de Montoya, 1989, p. 54).

La nueva Provincia Jesuítica del Paraguay no era sino una vastísima extensión de terreno que comprendía lo que actualmente conocemos como Chile, Argentina, Paraguay, una gran parte de Brasil y Bolivia, país este último donde se fundaron las misiones o Reducciones de Moxos y Chiquitos. Las Reducciones se crean para dar cumplimiento a la ley de protección a los indígenas, en concreto la Ley de Indias de 1515 promovida por el dominico Fray Bartolomé de las Casas (1484-1566). El sistema de Reducciones permitía fundamentalmente liberar a los nativos de la esclavitud y hacerles amos y dueños de sus tierras, lo que no fue patrimonio exclusivo de los jesuitas ya que anteriormente lo habían aplicado en sus misiones los franciscanos y los dominicos. Así nos lo cuenta el escritor paraguayo Augusto Roa Bastos (1917-2005): «Las primera tentativas de fundar reducciones entre los indios se debieron a la actividad infatigable de fray Bartolomé de Las Casas. Él mismo fundó las dos primeras en Venezuela hacia 1515, y en Guatemala hacia 1537». (Roa Bastos, 1991, p. 14). El concepto de «reducción» queda explicado también en la obra de Antonio Ruiz de Montoya:

> [...] llamamos reducciones a los pueblos de indios, que viviendo a su antigua usanza en montes, sierras y valles, en escondidos arroyos, en tres, cuatro o seis casas solas, separados de legua, dos, tres y más unos de otros, los redujo la diligencia de los Padres a poblaciones grandes y a vida política y humana [...] (Ruiz de Montoya, 1989, p. 58).

En el presente estudio nos centraremos únicamente en las Reducciones de Chiquitos, ya que fue en ellas donde nuestro protagonista, el jesuita suizo Martin Schmid, desarrolló su labor evangelizadora. Dejamos para otro estudio las no menos importantes Reducciones de Moxos, por considerar que estas merecen un capítulo aparte.

## 8.2. Las Reducciones de Chiquitos

Uno de los últimos apostolados que acometieron los jesuitas del Río de la Plata, fue la creación de misiones a finales del siglo XVII en lo que hoy es el extremo sudeste de Bolivia, conocido como Llanos de Chiquitos o Chiquitania, topónimo de origen incierto atribuido a un supuesto error que cometieron los españoles al dar este nombre a una de las etnias que habitaban en esta región, ya que al llegar a estas tierras a mediados del siglo XVI encontraron varias aldeas abandonadas, llamando su atención el hecho de que los chamizos construidos tuviesen unas puertas en extremo pequeñas, de menos de medio metro de altura, lo que hizo pensar que sus habitantes pudieran ser seres diminutos o chiquitos. Así lo refiere el misionero español Juan Patricio Fernández (1661-1733) en su obra *Relación histórica de las Misiones de Indios que llaman Chiquitos*, en la que al referirse a los usos y costumbres de los indios dice lo siguiente:

> Las casas no son más que unas cabañas de paja dentro de los bosques, una junto a otra sin algún orden o distinción; y la puerta es tan baja que solo se puede entrar a gatas, causa porque los españoles les dieran el nombre de chiquitos; y ellos no dan otra razón de tener así las casas sino que lo hacen por librarse el enfado y molestia que les causan las moscas y mosquitos, de que abunda extrañamente el país en tiempo de lluvias, y también porque sus enemigos no tengan por donde flecharlos de noche, lo cual sería inevitable si fuese grande la puerta; [...] (Fernández, 1991, p. 80).

En 1691 el gobernador de Santa Cruz de la Sierra (ciudad fundada en 1561 por Ñuflo de Chaves[1]) pidió a la compañía de Jesús que se encargara de esta provincia, y el 31 de diciembre de ese mismo año el padre José de Arce (1651-1715) funda la misión de San Javier, dando así comienzo al proceso misionero en la Chiquitania. Arce era originario de la Isla de la Palma, recorrió Paraguay, Brasil y Bolivia, abriendo rutas y descubriendo nuevos territorios. Está considerado el fundador de las Reducciones de Chiquitos y se le conoce como el «Apóstol del Paraguay». Murió en 1715 asesinado por los enemigos de los guaraníes, los indios payaguaes o payaguás, quienes después de quitarle la vida lo entregaron a los guaycurús, estos lo amarraron a una cruz y lo lanzaron río abajo (imágenes similares fueron recreadas en 1986 por el director de cine británico Roland Joffe, en su ya famosa película *La Misión*, cuyo escenario son las cataratas de Iguazú).

A la misión de San Javier le siguieron las de San Rafael, fundada en 1696 por el P. Juan Bautista Cea y el P. Francisco Herbas; San José, fundada en 1698 por el P. Felipe Suárez; La Inmaculada Concepción, fundada en 1709 por el P. Lucas Caballero; San Juan Bautista, fundada en 1716 por los Padres Juan Bautista Cea[2], Patricio Fernández, Pedro Cerena y J. Bautista; San Miguel Arcángel, fundada en 1721 por el P. Felipe Suárez; San Ignacio de Zamucos, fundada en 1724 por el P. J. B. De Zea; San Ignacio de Velasco. fundada en 1748 por el P. Miguel Areijer; San Santiago Apóstol, fundada en 1754 por los Padres Gaspar Troncoso y Gaspar Campos;

1 El capitán español Ñuflo o Nufrio de Chaves (1518-1568) fue el que exploró el río Paraguay y el descubridor de las cataratas del Iguazú. Funda Santa Cruz de la Sierra y le asigna el mismo nombre de la villa extremeña que lo vio nacer.
2 En los textos consultados aparece el nombre de este misionero bien como Juan Bautista Cea o bien De Zea.

Santa Ana, fundada en 1755 por el P. Julian Knogler; y Santo Corazón de Jesús, fundada en 1760 por el P. Antonio Gaspar y el P. José Chueca; cerrándose el periodo fundacional en 1760. Siete años más tarde, la labor misionera emprendida por los jesuitas quedará incompleta y abandonada al ser expulsados de América en 1767.

Los jesuitas pretenden recrear en sus Reducciones la mítica Ciudad de Dios, estableciéndose para ello en lugares estratégicos: territorios elevados y saludables provistos de agua y de fácil acceso. El jesuita bávaro Julian Knogler (1717-1772), fundador en Chiquitos de la misión de Santa Ana, nos explica cómo se construye y cuál es la estructura de una fundación:

> Se tala el monte en un ámbito suficientemente amplio y se queman la madera y la maleza; así la tierra queda limpia para levantar las casas. El pueblo se traza como un cuadrángulo con una plaza grande en el medio, de trescientos o cuatrocientos trancos (más o menos de 100 metros por lado). En torno a la plaza se levantan las casas de los indios, en ocho, diez o más hileras, una detrás de otra, separada de la anterior por una calle ancha; su número depende de la cantidad de habitantes que el pueblo tenga. Tres costados de la plaza son ocupados por estas casas, el cuarto queda reservado para la iglesia, el cementerio y el colegio, donde viven los misioneros y se encuentran los talleres y la escuela. Las casas son sencillas, de siete u ocho varas de alto (aproximadamente seis metros) y construidas de madera que se cubre luego con una mezcla de pasto y barro; el techo se reviste con paja dura. (Knogler, 1979, p. 21).

Los pobladores de las Reducciones trabajaban bajo la tutela de dos religiosos: uno que se encargaba de la vida espiritual o del proceso evangelizador, y el otro de lo material, es decir, la enseñanza de las artes y los oficios. Los chiquitanos, bajo la tutela de los jesuitas, rápidamente se convirtieron en magníficos carpinteros, alfareros, pintores, escultores, tejedores; pero donde mayormente sobresalieron fue en el campo musical. La música sirvió a los jesuitas como vehículo de evangelización, y los chiquitanos la asimilaron rápidamente, sobresaliendo como veremos más adelante en todas sus manifestaciones: el canto, la interpretación y la composición, pero también en la construcción de sus propios instrumentos.

## 8.3. Un misionero suizo entre los chiquitanos, el P. Martin Schmid (1694-1772)

Nos referiremos a continuación al fundador de la Reducción de San Rafael, el polifacético jesuita Martin Schmid, al que el arquitecto y profesor Eckart Kühne ha definido del siguiente modo:

> Era cura, padre espiritual, misionero, profesor, autor de un texto de enseñanza lingüística y de sermones en lengua chiquitana; reorganizó el calendario litúrgico y las fiestas religiosas; introdujo la música sagrada europea y formó varias escuelas de música; construyó órganos y otros instrumentos musicales con mano propia; compuso numerosas piezas musicales y arregló muchas otras; tenía conocimientos de filosofía, matemática y astronomía;

> como relojero construyó relojes de arena y solares y reparó los relojes mecánicos; enseñó a cocer ladrillos y tejas a los chiquitanos y dominaba el arte de fundir estaño y bronce; como arquitecto levantó tres iglesias extraordinarias y asesoró en la construcción de otras; equipó las iglesias con esculturas de cerámica, murales y con retablos, púlpitos y confesionarios tallados. [...] por todas estas ocupaciones no es de extrañar que solamente cada 15 años llegara a escribir una carta a sus familiares (Kühne, 1996, p. 24).

Martin Schmid nació en la localidad suiza de Baar el 26 de septiembre de 1694. A los 16 años aparece inscrito en el colegio jesuita de Lucerna y a los 23 años es ya novicio de la Compañía de Jesús en Landsberg (Baviera). Once años después, al cumplir los 32 años, es ordenado en la ciudad católica de Eichstätt en Baviera y justo un mes después parte como misionero al Nuevo Mundo. Inicia el viaje hacia Sevilla en compañía de otros compañeros con la intención de embarcar allí hacia su destino, pero debido a la «Guerra de Gibraltar» que enfrenta a España contra Inglaterra, los misioneros se ven obligados a permanecer dos años en Sevilla, lo que permite a Schmid consolidar su español. El 22 de diciembre de 1728 comienza por fin la travesía por el Atlántico, de Cádiz a Tenerife y desde las Canarias a Buenos Aires, donde después de tres largos meses llegan al estuario del Río de la Plata. Como su destino eran las Reducciones chiquitanas, concretamente la Misión de San Javier, Schmid tendrá que iniciar un largo viaje por tierra, lo que va a suponer todo un año de trayecto en carretas y en mulas, realizando diversas escalas en ciudades como Córdoba -donde permanece dos meses-, Santiago del Estero, San Miguel de Tucumán, Salta, Salvador de Jujuy y Potosí, ciudad en la que se hizo construir un órgano de seis registros con la intención de enseñar música a los chiquitanos. Con semejante instrumento acarreado por mulas prosigue viaje a Santa Cruz de la Sierra, y de ahí recorre 200 kilómetros hasta que por fin llega a su destino, San Javier de Chiquitos, el mes de agosto de 1730.

Schmid tendrá que enfrentarse a varios retos: el primero la lengua chiquitana que es totalmente desconocida para él. El Concilio de Lima había establecido que el catecismo y las oraciones debían enseñarse a los nativos en sus correspondientes lenguas. En Chiquitos los jesuitas se encontraron con varias familias lingüísticas en un espacio geográfico pequeño, aunque el chiquitano (o besiro) se convirtió desde un principio en la lengua común. Al igual que anteriormente había sucedido en Nueva España con los hijos de los aztecas y los franciscanos, los niños chiquitanos aprendieron la lengua general y enseñaron a los misioneros jesuitas la lengua y la cultura de su tribu, fueron profesores y alumnos a la vez, ya que llegaron a ser profesores de sus padres y de sus parientes. A este grupo de niños, generalmente hijos de los caciques, se les enseñó música, y a leer y escribir. Así nos lo cuenta en su *Relato sobre el país y la nación de los Chiquitos* el P. Julian Knogler: «aprenden a escribir, leer y hacer música en las escuelas que hemos establecido en todas las reducciones. Leen en tres idiomas, es decir: en su lengua, en latín y en español, siempre en caracteres romanos».

Martin Schmid pone gran interés en aprender la lengua chiquitana. En 1744 se congratula de lo mucho que eran apreciadas sus prédicas. Uno de sus biógrafos, José M. Peramás (1732-1793) describe los esfuerzos de Schmid para enseñarles la lengua a los misioneros que llegaban nuevos a las Reducciones, siendo uno

de sus logros lingüísticos el haber escrito un compendio de la lengua chiquitana denominado *Vocabulario de la Lengua Chiquitana*.

Hasta la expulsión de los jesuitas, Schmid permanece 38 años en la Chiquitania, realizando la mayor parte de su trabajo en la Reducción de San Javier, donde acompañado del P. Juan Messner (1703-1769) crea una escuela de artes y oficios para los chiquitanos, además de una escuela de música en la que también se aprende a fabricar instrumentos como arpas y violines.

Tras diez años de estancia en esta misión, Schmid se traslada a San Rafael, donde ejerciendo ahora de arquitecto planifica y realiza la construcción de la iglesia de esta misión, lo que deja patente en una de las cartas que envía a su hermano, Francisco Silvano Schmid, el 28 de septiembre de 1761:

> No sé si ya les he escrito que he construido una nueva iglesia en el pueblo de San Rafael. Quisiera que pudieran verla: los dejaría asombrados y llenos de alegría, como les sucedió a nuestros indios, quienes dijeron cuando la nueva iglesia se terminó, que ahora irían a misa con mayor alegría y afán.

Prosigue Schmid contando a su hermano cómo para que la iglesia quede completa ha construido un órgano nuevo, al tiempo que alaba la destreza de los chiquitanos tanto para tocar el órgano y el violín como para cantar:

> Para esta nueva y hermosa iglesia he construido también un órgano nuevo y más grande que el viejo. No podéis imaginaros lo bien que estos indios tocan el órgano y el violín, qué bien aprendieron a cantar» (Hoffmann, 1981, p. 149).[3]

En la misma carta cuenta Schmid a su hermano que después de esta iglesia levantó otras en distintas misiones de Chiquitos:

> Después de terminar la nueva iglesia de San Rafael fui llamado al pueblo de San Javier para hacer allí una obra parecida. Cumplí con la orden y pude mejorar algunos detalles; construí también un órgano más grande, a gran satisfacción y alegría de los indios. Luego pidieron los habitantes del próximo pueblo de Concepción, muy devotos de su madre Inmaculada, que levantara también allí una iglesia nueva y hermosa, imprescindible para ellos, según me declararon, en vista de que su patrona es la reina de los ángeles y la Madre de Dios. Tuve que construir por lo tanto también esta tercera iglesia que, en realidad, es tan hermosa como las otras, de modo que también los indios de este pueblo van de mil amores a misa [...] (Hoffmann, 1981, p. 150).

Sobre la obra arquitectónica de Smith hemos de aclarar que estas iglesias quedaron totalmente abandonadas tras la salida de los jesuitas del continente americano. Será hasta 1972, en pleno siglo XX, cuando el arquitecto suizo Hans Roth (1934-1999) se traslade a Bolivia y emprenda la reconstrucción de estos templos, de tal modo que en 1990 los pueblos e iglesias de la Chiquitania son declarados Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

3 Werner Hoffmann, además de ser uno de los biógrafos de Martin Schmid, ha traducido sus cartas del alemán al español.

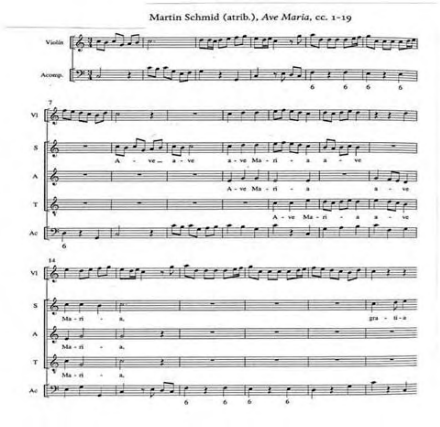
Pero si es importante la figura del misionero suizo como arquitecto, no lo es menos su labor como pedagogo musical y lutier. En el centro de su evangelización está la música, así lo corrobora el propio Schmid en una carta que el 10 de octubre de 1744 envía a Suiza al P. J. Schumacher, un jesuita amigo suyo al que le cuenta cuál es su estado de ánimo y cómo se encuentra físicamente, además de elogiar la música como parte de su labor evangelizadora:

> Pero Vuestra Reverencia dirá quizás: [...] «¿Qué hace el largo Schmid, este joven tan alto de cuerpo?, ¿cuál es su vida en el otro continente?, ¿vive todavía?» Le contesto en pocas palabras: Vivo y gozo de una salud buena y estable; llevo una vida alegre y hasta alborozada, pues canto, —a veces a la tirolesa— toco los instrumentos que me gustan y bailo también en rueda, por ejemplo la danza de espadas. ¿Pero qué dicen sus superiores de esta vida? preguntará Vuestra Reverencia. Yo le respondo: Si soy misionero es porque canto, bailo y toco música. Sé que la promulgación del Evangelio es una obra apostólica y la Sagrada Escritura dice: «Las palabras de los que predican el Evangelio repercutirán hasta los confines del mundo (*in fines orbis terrae*)». Vuestra Reverencia conoce también el siguiente pasaje de la Sagrada Escritura que se encuentra en el mismo lugar: «*In omnem terram exiit sonus eorum*», que confirma lo que digo, pues me tomo la libertad de traducir *sonus* con canto. Y yo canto, toco el órgano, la cítara, la flauta, la trompeta, el salterio y la lira, tanto en modo mayor como en menor. Todas estas artes musicales que antes desconocía en parte, ahora las practico y las enseño a los hijos de los indígenas. Pero se preguntará Vuestra Reverencia: ¿Quién construye los órganos, las cítaras, liras y trompetas? Nadie sino el alto Schmid. ¡Hombre pobre, todo es trazas! Aquí sabemos más que en casa y podemos hacer más. ¿Quién construiría casas, iglesias y pueblos enteros?, ¿quién fabricaría las herramientas necesarias si el misionero no se hiciera cargo de estos trabajos? Se confirma el proverbio: la práctica hace maestros. Todos nuestros pueblos resuenan ya con mis órganos. He hecho un montón de instrumentos musicales de toda clase y he enseñado a los indios a tocarlos. No transcurre ningún día sin que cante en nuestras iglesias. Hemos conseguido que gente que hasta hace poco aún vivía en la selva virgen junto con animales salvajes y bramaba a porfía con tigres y leones, sepa bastante bien alabar a su creador con cítaras y órganos, con bombos y bailes en rueda. Acabo de decir que no solo canto y toco mis instrumentos sino que también bailo. Para que Vuestra Reverencia no censure demasiado severamente el baile del misionero, le ruego se recuerde de otro pasaje de la Sagrada Escritura: «¡Cuán hermoso son los pies de los evangelistas»! No sé si Vuestra Reverencia sabe que los españoles festejan sus más altas fiestas religiosas no solo con canciones, sino también con danzas, dando así mayor solemnidad al servicio divino, imitando el ejemplo de David. Los hijos de los indígenas aprenden con facilidad el arte de bailar. Vuestra Reverencia podría aquí observar cómo chicos que fueron arrebatados hace solo un año a la jungla junto con sus padres salvajes, cantan hoy bien y absolutamente firmes en el compás, tocan cítara, lira y órgano, y bailan con movimientos precisos y tan rítmicamente que pueden competir con los europeos mismos. [...] (Hoffmann, 1981, pp. 141 y 142).

Y en la misma carta dice cumplir con todas sus labores como misionero: «Pero no me ocupo exclusivamente de canto y baile, no descuido mis deberes sacerdotales: predico, oigo confesiones, visito a los enfermos, administro los sacramentos y cumplo todos los deberes de un misionero».

Este valioso e interesante documento que aporta Martin Schmid viene a corroborar la importancia que la música ha ejercido en las misiones en general y en las misiones jesuíticas en particular, ya que la música ha sido en las Reducciones un elemento fundamental que ha hecho posible la tarea de evangelización desarrollada por los misioneros.

Además de su labor pedagógico-musical y del trabajo que ya hemos mencionado como lutier y constructor de órganos, debemos tener en cuenta la creatividad que M. Schmid desarrolló como compositor de diferentes piezas musicales. Sobre su obra, el musicólogo Leonardo Waisman atribuye al misionero un amplio corpus de composiciones que van desde obras corales, miniaturas para teclado y canciones estróficas, pasando por casi todos los géneros.




La partitura que aquí presentamos, *Ave Maria*, se atribuye a Martin Schmid, es decir, no queda claro cuál es su verdadera identidad ya que una de las particularidades del misionero suizo es que nunca firmaba sus composiciones. Esto ha supuesto uno de los mayores problemas con los que se han enfrentado los musicólogos a la hora de realizar un catálogo de sus obras, aunque el profesor Waisman sí enumera algunos rasgos que son particulares de su estilo, como el diatonismo; poca modulación; retorno al material de inicio pero con variaciones al final de la obra; empleo de una textura homofónica; piezas fáciles de ejecutar; poca presencia de figuras retórico-musicales; o el hecho de que una misma melodía pueda aparecer en varias obras. Así dicho, todo haría pensar que la obra musical de Schmid es más bien pobre, sin embargo, Waisman opina que su música «sí se adecua a la función que debía cumplir, al tiempo que representa el ideal utópico de una sociedad cristiana sin conflictos que animaba a los misioneros jesuitas».

## 8.4. Consideraciones finales

Los estudios realizados van arrojando cada vez más luz acerca de las dudas que se han planteado sobre si determinadas obras fueron o no escritas por Schmid, o si por el contrario la tutoría de las mismas pertenece al músico italiano Domenico Zipoli (1688-1726) activo en la ciudad de Córdoba por la que pasó M. Smith en su viaje hacia las Reducciones chiquitanas. Las fronteras no están del todo claras si tenemos en cuenta que Zipoli nunca visitó las Reducciones de Chiquitos, pero sí han sido encontradas allí muchas de sus partituras. Estas y otras cuestiones, como las consecuencias que hasta el día de hoy ha supuesto la evangelización por la música en la Chiquitania, las trataremos en la segunda parte de este estudio.

## 8.5. Referencias bibliográficas

FERNÁNDEZ, Juan Patricio. *Relación histórica de las Misiones de Indios que llaman Chiquitos*, en J. P. Duviols y R. Bareiro Saguier: *La tentación de la utopía*. Barcelona: Tusquets, 1991.

KNOGLER, Julian. *Relato sobre el país y la nación de los Chiquitos*, en W. Hoffmann: *Las misiones jesuíticas entre los chiquitanos*. Buenos Aires: Fundación para la educación, la Ciencia y la Cultura, 1979.

KÜHNE, Eckart. *Las misiones jesuíticas de Bolivia. Martin Schmid 1694-1772*. Zurich: Maihof Druck, 1996.

RUIZ DE MONTOYA, Antonio. *La conquista espiritual del Paraguay*. Rosario: Equipo difusor de estudios de historia iberoamericana, 1989.

WAISMAN, Leonardo. *La música en la América española*, en J. M. Leza: *Historia de la música en España e Hispanoamérica (La música en el siglo XVIII, vol. IV)*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2014.